

—¡Puchas que vas tar gonita la payasá! Habrá que venir por Manueluco.

—¡Claro, pus oh... pa eso hay chirpe aquí!—mostrando el gran parche que era su bolsillo.

¡Ahora si que era un pueblo de importancia!»

«Arrastrando el poncho» es el gran cuento de Guerrero. Digno de toda antología chilena e hispanoamericana. Magnífica su ejecución. Cada personaje lleno de realidad. Sus protagonistas aparecen como hechos en relieve, pues es difícil olvidarlos. El escenario está captado en todos sus matices. La vida de los «carrilanos» es visible y palpable.

Leoncio Guerrero, con Pichamán, deberá considerársele como un escritor sobresaliente, por el chilenismo que alientan sus cuentos, como también por su validez artística.—FRANCISCO SANTANA.

<https://doi.org/10.29393/At188-12TLCC10012>

TRASLUZ.—Cuentos, por *Carlos Corvalán*

El prologuista de este libro está en lo cierto cuando afirma que la literatura humorística ha tenido en Chile muy pocos cultivadores. Somos terriblemente graves y aquél que toma las cosas risueñamente es mirado con malos ojos. Ese Pacheco, del célebre cuento de Queiroz es un tipo de hombre muy común en Chile. Es un hombre inclinado a la solemnidad y a lo trascendental. Los acontecimientos de la vida diaria no tienen generalmente para su espíritu ese amable aspecto, que sabe, o está dispuesto a encontrarle, el que tiene la sonrisa presta y la palabra estimulante, para hacer brotar la chispa de la ironía amable y traviesa. Y esto es también amable en un pueblo joven, que no reacciona alegremente el cotidiano ir y venir de los hechos que remueven su espíritu.

Vivir entre pasiones terribles y estar siempre dispuesto a resolverlo todo con la conocida frase, «este me la tiene que pa-

gar*, es cosa lamentable. Porque reír es indicio de salud espiritual, gozo de vivir, optimismo frente al porvenir. Los más graves problemas tienen un lado humorístico, que si se sabe apreciar, sirve de tónico que incita a resolverlos sin sentirse abrumado por ellos. Y esto facilita las relaciones entre los hombres. Se anda así, con menos tropiezos, se resuelven los asuntos con más facilidad, y no se ve un buey donde apenas hay una mosca.

El libro de Carlos Corvalán, reinicia en forma interesante y curiosa, este aspecto de la literatura chilena, dejado de la mano desde los tiempos de Jotabeche; Daniel Riquelme, Abel Rosales, Arturo Gigovich, en la primera etapa, y luego Juan Manuel Rodríguez, Galo Pando y otros pocos, que desgraciadamente no encontraron imitadores con tantas disposiciones como ellos. Fuera de «Topaze» aquí en Chile no existe ninguna publicación que cultive el humorismo y que sepa sacar partido de las más graves y trascendentales situaciones de la vida nacional. Por el contrario el ambiente se contamina de odios y resentimientos. El político no sabe combatir jamás a su contendor con un poco de gracia fina y liviana. Se insultan y se sacan los «trapitos al sol» con una ferocidad increíble. Y en esta forma todo se enreda y dificulta, impidiendo la labor constructiva.

El autor de este libro ha tomado a los animales como personajes que pueden en cierto modo representar la comedia humana. En sus características instintivas sitúa todo aquello que hay de grotesco y de ridículo, en las actuaciones del hombre. A ratos acierta porque el hallazgo de la comparación es realmente feliz. Corvalán es un buen observador que tiene además el tino de hacer actuar a sus «personajes» con gran propiedad dentro del limitado radio de acción en que los brutos actúan. Y lo gracioso es que los brutos, a veces lo son menos que los hombres, pues su débil inteligencia está reforzada por un instinto seguro que nunca falla. Esta facultad la ha aprovechado el autor, para que el desenlace de su fábula tenga el éxito ape-

tecido y la realización cumpla con el propósito que se impuso. O sea hacer una crítica del ambiente social o político con una finura que sólo queda al trasluz.

Y como anota Melfi, la sátira aquí en este libro no es hiriente ni malévola. Es graciosa y liviana. A ratos nos hace recordar aquel maravilloso cuento de Rafael Maluenda. «La Pachacha», en el cual el citado escritor criticó con agudeza el arribismo de la sociedad provinciana. Corvalán si sigue cultivando el género, para el cual demuestra excepcionales disposiciones obtendrá seguramente triunfos definitivos. Y hay que celebrar en este primer tanteo el acierto con que sabe encarnar en los animales los defectos humanos, sin exagerar la nota, ni caer en lo chocarrero.

Trasluz, es dentro del género que trata un libro de valor efectivo y Carlos Corvalán contrae con su publicación el compromiso de darnos una nueva obra en la cual podamos al mismo tiempo celebrar una mayor seguridad en su estilo, que por ahora es aún pobre e inseguro. Le falta también destreza en la composición del relato. Y si le anotamos estos defectos como una advertencia, es porque a nuestro juicio hay en él la pasta del verdadero escritor, del que escribe obedeciendo a un imperativo interior. Y si de ese venero espiritual se pueden sacar piedras preciosas, ¿por qué no hacerlo?—L. D.